

del Paraguay, que le designe dos Jesuitas. Los PP. Agustin Fernandez y Pedro Patricio parten á la voz de su superior, y llegando al fuerte de Puno, enviaron á llamar los caciques de los Mocobys, y dirigiéndoles palabras de conciliacion, obtuvieron lo que no habia podido conseguir el prestigio de las armas españolas. Los salvajes, que habian rehusado constantemente asentir á las promesas de los europeos, creyeron en ellas cuando los Padres les aseguraron su sinceridad; y una vez terminada la paz por espacio de seis años, la mantuvieron los indios hasta la espiracion del pacto, porque se hallaban comprometidos los Jesuitas, á quienes miraban como sus amigos y sus únicos protectores. Aprovecháronse estos de los seis años de tregua para propagar el cristianismo, y comunicar á sus proyectos de civilizacion toda la extension posible.

El cuadro de felicidad que disfrutaban las colonias del Paraguay, las relaciones que de ella se hacian en Europa, inspiraron á algunos ingleses la idea de una emigracion. El anglicanismo, ese declamador eterno de la independenciam, esclavizaba á los Católicos en la misma isla de la *Libertad*; negábales hasta el derecho de educar á sus hijos, y no les era permitido ejercer su culto sino en la oscuridad, y bajo pena de prision ó multas exorbitantes. Carlos I era mas tolerante que su padre Jacobo Estuart; pero débil como él, no se atrevia á resistir á las exigencias de los Protestantes, que persiguiendo á las familias católicas las hicieron suspirar durante el espacio de doscientos años por la imágen de una ventura que las leyes opresivas les rehusaban en su patria comun. Persuadidas estas familias de que los Jesuitas realizarian en favor suyo el continuo prodigio de que eran teatro las misiones trasatlánticas, se decidieron á hacerse á la vela para el Maryland; y habiendo obtenido sir Jorge Calbet (lord Baltimore) del rey de la Gran Bretaña la concesion de aquel país ignorado de América, desembarcaron los emigrados el 27 de marzo de 1634 en la isla de San Clemente, sobre las costas del Potomac. El buque que los habia traído se llamaba *el Arca de la Alianza*.

El Jesuita Andrés White, natural de Londres, era el jefe espiritual de aquella colonia cristiana, á donde pasaban los Padres Juan Altham, Knonles y Tomás Gervack, individuos del mismo Instituto, con el objeto de plantar la Cruz entre los salvajes, y

sustraer á la persecucion anglicana una parte del rebaño confiado á su custodia. Queriendo lord Baltimore y los Jesuitas que le acompañaban anunciar al gran jefe del Piscataway sus intenciones pacíficas, y su deseo de difundir las luces del Evangelio entre los indígenas, remontaron hácia el origen del Potomac, donde ya era conocido el nombre de los Padres, y donde los acogió el gran jefe como hermanos; pues segun dice el historiador americano Mac-Mahon, «encontraron los débiles emigrados un motivo bien fundado de júbilo, mas racional todavía que profundo. «Prefiriendo toda especie de privaciones á la de la libertad de conciencia, habian renunciado á cuanto tenian de mas apreciado en su país natal, para lanzarse, pertrechados en el apoyo de «la Providencia, en medio de los peligros á que podía exponerlos una region desconocida y habitada por un pueblo salvaje; «pero el Dios en quien confiaban estaba con ellos, y con el objeto de prepararles una acogida favorable, aquel Ser que tiene «en su mano los corazones de los mortales, habia dotado á aquellos bárbaros de una extremada afabilidad. ¿Dónde hallaremos «en la historia de ningun reinado un acontecimiento mas digno «de conmiseracion que el desembarque de la colonia en el Maryland? Hállase identificado con el origen de un Estado venturoso y libre; nos pone á la vista los fundamentos de nuestro «Gobierno basados en el principio vasto y sólido de la libertad religiosa y civil, y nos patentiza con orgullo á los fundadores «de esta República como hombres, que, por disfrutar de su independencia, cambiaron los placeres del lujo, la compañía de «sus amigos, y los placeres de una existencia civilizada, por las «privaciones y riesgos de un país bárbaro. En un siglo en que «la crueldad y perfidia caracterizaron con demasiada frecuencia «la superioridad de la vida europea á la vida nómada, nos los «presenta desplegando en sus relaciones con los indígenas toda «la amenidad y buen gusto, de que es capaz la naturaleza humana, y toda la caridad que inspira la Religion. Nosotros querríamos evitar un contraste odioso, y olvidar la grosería del espíritu puritano, que tantas veces se ha engañado, tomando la intolerancia por un celo santo; pero no podemos menos de hacer «girar nuestras desoladoras miradas hácia los peregrinos de Maryland, fundadores de la libertad religiosa en el Nuevo Mundo. «Ellos fueron los que la erigieron el primer altar en aquel con-

«tinte, donde el primer fuego sacro que se encendió subió al cielo junto con las bendiciones de los salvajes.»

El P. Andrés White era ya casi un anciano, tenia cincuenta y cinco años; pero las penalidades toleradas en la madre patria no habian podido alterar en él la energía de su alma, ni aquella savia de empresas, carácter distintivo de la Sociedad de Jesús. Ofrecieronle una choza indiana, que transformó inmediatamente en capilla, y que después pasó á ser la primera parroquia de Maryland, sita en las fecundas praderas del rio de Santa María. Los emigrados habian huido de un país que los devoraba embrute-ciéndolos; y allí, bajo las sombras de aquellas selvas vírgenes, en medio de una naturaleza iluminada por los primeros rayos de un sol de primavera, les era al fin permitido ensanchar sus corazones. Excitados por la elocuencia de los Jesuitas, podian tributar gracias al Altísimo en reconocimiento de haberles otorgado la paz y la libertad de que los privara el protestantismo. Consagrando á la gratitud los días que se siguieron al desembarco, oraban estos infortunados con el fervor de los marineros escapados de un naufragio; y mientras que hacian ascender al cielo sus cánticos de gratitud, atraídos los salvajes por este espectáculo extraordinario, parecian querer rogar con ellos. Procuraban acomodarse á sus ceremonias, imitando sus gestos, y aun derramando lágrimas con ellos: conducíanles en seguida á sus cacerías, ofrecíanles el producto de su pesca, y formaban ya, segun Boz-man, parte de la familia inglesa, las esposas é hijos de los indígenas.

Los naturales de Maryland eran compasivos y afables; pero ofrecia su lenguaje tanta dificultad por la multiplicidad de dialectos de que se servian, que desanimados los Jesuitas, y mirando como imposible el acelerar la venturosa fusion que proyectaban, escribieron después de un año, el de 1635, al General de la Compañía: «Pocas son las cosas que podemos decir con respecto á esta mision recientemente inaugurada: los numerosos obstáculos con que nos es preciso luchar, no nos permiten evaluar los resultados obtenidos hasta ahora entre los salvajes, cuyo idioma aprendemos con bastante dificultad. Somos tres sacerdotes y dos coadjutores los que soportamos con júbilo las penalidades presentes, por la esperanza de los triunfos futuros.»

Mas estos triunfos no podian obtenerse sin combates. Los An-

glicanos residentes en Virginia persuadieron á los indígenas que los colonos católicos no podian menos de ser españoles, pues habia Jesuitas entre ellos; y como el nombre de españoles resonaba tan tristemente en los oídos de los habitantes del Nuevo Mundo, empezaron desde luego á entrar en sospechas. Pero juzgando el P. White que el porvenir de su colonia dependia quizás de la marcha que iba á adoptar, se lanzó con el Crucifijo en la mano en medio de los Patuxentes, y presentándose á su rey, llamado Makaquomen, que apreciaba á los Cristianos, y les habia concedido tierras, marchó, previo su permiso, á recorrer su tribu, evangelizando de paso las de los Ackintunachsua y Mattapianients. El P. Brock le sigue, y el cristianismo empezó á progresar á despecho de los Anglicanos, y de las sospechas que habian infundido en los corazones de los salvajes. El P. Juan Gravener atravesó las islas de Kent y Palmer; se detuvo en la embocadura del Susquehannah, y se inició en el idioma de los naturales, con el objeto de conducirlos por la senda del Evangelio; pero agobiado por el peso de estos trabajos corporales é intelectuales, carecia á veces del vigor necesario, y la fuerza del cuerpo no correspondia al valor y caridad de su alma.

Mientras que el P. Felipe Fischer continuaba la obra emprendida por White, se lanzaba este al interior de los Piscataway, donde le esperaba Chilomacan, su jefe, en la ciudad de Kittamacundi. Las máximas del cristianismo y las virtudes que inspira á sus partidarios habian prevenido en su favor el corazón de este Príncipe, y por consiguiente el Jesuita no tuvo mas que hacer que desarrollar tan eminentes cualidades: enseñóle los misterios de la Religion, amoldó á la práctica de la moral aquellas tribus dóciles, y en seguida confirió el Bautismo, el día 5 de julio de 1640, á Chilomacan, su esposa, y toda su familia. Tal fue la toma de posesion del cristianismo en el Maryland: los súbditos siguieron el ejemplo de su Soberano, y pocos meses después espiraron bajo el peso de las fatigas los PP. Gravener, Altham y Juan Brock. Algunos días antes de su muerte, el 3 de mayo de 1641, escribia Brock á su General en los términos siguientes: «Preferiria morir de hambre y de sed en una tierra estéril, y privado de todo humano auxilio, con tal de trabajar en la conversion de estos indios, á admitir una sola vez la idea de abandonar esta santa obra por temor de carecer de lo necesario.»

Lo necesario para los Jesuitas de Maryland se reducía á disfrutar el beneficio de la salud: agotábaseles la existencia rápidamente en aquellas correrías sin término, y bajo la influencia de tan diversos climas; y cuando llegaban á presentir su consunción, trataban de limitarla, sirviendo este presentimiento, que jamás llegó á engañarles, para añadir nuevo pábulo á su celo. La revolución fomentada en Inglaterra por el puritanismo, y explotada por Cromwell, resonaba á la sazón en el seno de las colonias, obrando especialmente en Maryland una terrible reacción contra los Católicos. Tenían estos en Virginia dos implacables enemigos, llamados Claiborne y Ricardo Ingle, cuya codicia favorecía la diferencia de religión. Habían visto, no sin pesar, aclimatarse el catolicismo en Maryland; y persuadidos de que una vez escapados sus compatriotas á la persecución anglicana, pasarían á ser felices, trataron de aprovecharse de los primeros rayos de la tempestad anglicano-puritana, para arruinar las esperanzas de los emigrados. « Los comisarios á cuya cabeza se hallaba Claiborne, dice Burke en su *Historia de la Virginia*, estaban ocupados en la « santa obra de exterminar las abominaciones del papismo y de la « prelación en el país de Maryland. »

Así en el Potomac como en las orillas del Támesis, volvía á principiar la guerra de ambas religiones. Claiborne sublevaba la Virginia en nombre del Parlamento; y queriendo hacerles comprender su manera de interpretar la libertad de conciencia que proclama, se lanza sobre los Católicos, y lleva por todas partes el terror y la devastación. Los Jesuitas eran los enemigos declarados de la herejía, y les obliga á refugiarse en los bosques para sustraerse á su barbarie. La revolución establece su imperio en el Maryland durante el espacio de seis años, 1642 á 1648. En este intervalo cae en su poder el P. White; cárganle los herejes de cadenas, y le remiten á Inglaterra como un trofeo. La misión se dispersó; pero White y sus hermanos habían sembrado en una tierra fértil, y el P. Fischer, que volvió á comparecer por los años de 1648, escribía al General de la Orden: « Al fin hemos « llegado mi compañero y yo á la Virginia en el mes de enero, « después de un viaje de siete semanas, y habiéndole dejado en « esta comarca, he aprovechado una ocasión favorable para con- « tinuar mi camino, llegando á Maryland en febrero. Por una pro- « videncia particular, he hallado reunida mi grey después de tan-

« tas calamidades como han ocurrido en el espacio de tres años, « encontrándola en un estado mas floreciente que nunca. Seria « imposible describir el júbilo con que los fieles me han acogido, « así como tambien mi regocijo al verme entre ellos; me han re- « cibido como á su ángel consolador, y ahora que me dispongo á « una separación, reclaman mi auxilio. ¡Han sido tan maltrata- « dos por sus enemigos desde que me arrancaron de entre ellos! « Apenas sé lo que debo hacer; no puedo acudir á todo. Verda- « deramente que hay flores en esta tierra. ¡Ojalá pudieran reco- « gerse los frutos! »

El rechazo de la revolución inglesa había arrebatado á las colonias nacientes los misioneros que las fundaran; pero los misioneros regresaban á ellas á pesar de las amenazas de los Protestantes; y cuando los Puritanos llamaban los indígenas á la insurrección, ellos por el contrario, solo dejaban escuchar palabras de paz y de sosiego.